

La poesía de Hernán Cañas

Por: MARINO MUÑOZ LAGOS.

Cuando abrimos un libro de Hernán Cañas nos parece sumergirnos en el rocío matinal de la provincia o en el pétalo olvidado de alguna rosa sin destino. Y un poco más allá, en el hombre que pide o clama por justicia. Son las dos rutas persistentes en la amable poesía de este caudillo de las buenas palabras, del estricto decir primavera cuando llueven las flores. Sus versos colman el vaso indispensable en que caben todos los pensamientos.

Cuando Nicomedes Guzmán publicó su gran novela "La sangre y la esperanza", corrían los primeros años de la década del cuarenta. El triunfo del Frente Popular era reciente y la vida se colmaba de futuros venturosos. La actividad universitaria era intensa y la poesía se alzaba como un estandarte o una columna vertebral de todas las voces. La novela de Guzmán produjo hondo impacto en el joven poeta que era entonces Hernán Cañas. Basó su lectura para que los versos desafiaran el clima estremecedor de esa novela e historia al niño que es personaje de sus páginas. Y Hernán Cañas cantó:

"Mi canción es el canto de la hoja
azotada y botada por el viento,
y encima de la tierra quedé rota.
¡Ya la vida me dio su duro lecho!
No conozco la risa de la aurora.
Ni con su mano azul me tocó el cielo.
Si he querido coger alguna rosa
me ha pinchado la pema de los dedos".

Si observamos bien, la poesía de Hernán Cañas tiene un invisible hilo de sutileza que une las palabras en el bien entendido del mensaje claro, sin grandes estridencias. Todo se halla en el estuche necesario para que la voz no se derrame inevitablemente. Sus poemas entran entonces con majestad en las cosas familiares, en la ronda de los niños, en el caballo que escapa de los sueños y en la lámpara que ilumina la casa de los pobres. El poeta lo capta todo con una sed de horizontes que le viene de la andariego labor de los juglares.

En 1934, siendo un muchacho soñador con veinticuatro años en los hombros —nació en 1910—, Hernán Cañas obtuvo el primer premio en el canto a la reina de la primavera organizado por la Federación de Estudiantes de Chile, en un tiempo de legítimos cantores de la estatua de un Nicanor Parra, un Oscar Castro, un Omar Cerda y tantos otros de la famosa "generación del 38". Nuestro poeta alcanzó la victoria con su hermoso "Madrigal de primavera", que es como una proyección de su cristiana emotividad:

"Pongo el oído fino:
viene creciendo una voz.
Abro los ojos sorprendidos:
mil mariposas han venido,
porque la voz que yo he sentido
es una flor.
Pongo el oído fino:
se está encendiendo un color.
Cierro los ojos desmedidos:
fogata linda, copa de vino,
la cinta azul que se ha encendido
es el amor".

Cuatro libros que son parientes de nuestro conocimiento revelan a este poeta de sugestiva expresión: "Las batallas solitarias", 1940; "A fuego lento", 1947; "Arco iris nocturno", 1965 y "Canción de la nueva alegría", 1972. En ellos ha volcado el bardo y maestro primario las experiencias de su vida engastada en sueños e ilusiones o en el duro bregar por el pan de cada día. Últimamente publicó un libro de poemas para niños que todavía no ha llegado a nuestras manos.

Al referirse a su poesía, el crítico Francisco Amador que también es poeta y artífice de las palabras, nos dice de Hernán Cañas: "Es apasionadamente amoroso se suaviza con delicadas imágenes. La ternura familiar aflora elegantemente sin estridencia al recordar a un hermano ido para siempre o a su madre que no volverá a ver. El terruño talqueno con sus soledades, crepúsculos y "lluvias ardientes" se ilumina con ferviente emoción. Cuando el poeta recuerda a los escolares canta con júbilo y nostalgia al inolvidable "Banco de madera" o a la "Bolita de cristal". Si mira hacia el abandono en que viven los que claman justicia, su voz se enciende de rebeldía".

Hernán Cañas no cesa en su dura esperanza del mañana. Siempre hay en él una llama encendida que será el pan y la libertad de quienes anhelan un porvenir mejor. En cada época, en cada hora de su tiempo, añadió la cuota de ternura para el hombre de esta tierra, ese coplán de los hogares humildes donde hay una mujer y unos hijos que esperan. Para ellos quiere la mesa puesta y el sabio entendimiento: el pan florecido de espigas y el vino ferviente que sella la paz y la fraternidad.

Libros y versos legitiman la hermosa tarea de Hernán Cañas, maestro primario que se conoce al dedillo el silabario de las flores, la eterna lección de las olas sin término y el fulgurante canto de los que nada tienen.

AUTORÍA

Muñoz Lagos, Marino, 1925-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía de Hernán Cañas [artículo] Marino Muñoz Lagos.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa